

Nuevos Paradigmas

ECO-TEOLOGÍA - MONOGRÁFICO N° 9

El movimiento de Jesús

Rufino Velasco

¡Expulsado de los claretianos... un profeta!

Jesús se coloca fuera del sistema, del montaje religioso y social de su pueblo y, por el mero hecho, se pone al lado de las muchedumbres que aguantaban el peso de una religión alienada y del poder opresor del imperio. Esto comportaba para Jesús tomar partido desde el comienzo por una clase de gente, en contra de otras clases de gente, como la única forma posible de dirigirse verdaderamente a todos desde la perspectiva del reino.



El movimiento de Jesús

Por Rufino Velasco

Del libro:
LA IGLESIA DE JESÚS
Proceso histórico de la conciencia eclesial

Fuente:

https://www.academia.edu/42826177/VELASCO_Rufino_La_Iglesia_de_Jesús_Proceso_histórico_de_la_conciencia_eclesial

Edita: Nuevos Paradigmas

<https://paradigmanuev.wordpress.com>

hikanos@live.com

España

UE

Año 2022

El movimiento de Jesús

Jesús comienza su obra proclamando la inminencia del reino de Dios, y llamando a su pueblo a la conversión: «Después de que Juan fue preso, marchó Jesús a Galilea, y proclamaba la buena nueva de Dios: El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la buena nueva» Mc 1,14-15).

No se puede entender adecuadamente esta proclama si se parte de Jesús como persona aislada, fuera del contexto de su pueblo, y desconectado del grupo de discípulos con que inaugura un movimiento peculiar.

La cristología nos ha acostumbrado a esta visión aislada de Jesús, y muchos esfuerzos de la crítica histórica por dar con la singularidad del «Jesús histórico» han contribuido también a esa visión. Para nuestro tema, sin embargo, es de capital importancia colocar a Jesús en el contexto *de su pueblo*, y en el contexto *de su grupo de discípulos*, de que arranca el proceso histórico en que se origina la Iglesia.

1. La situación de Israel y movimientos populares en tiempo de Jesús

Para entender a Jesús y el movimiento desencadenado por él, es necesario partir del hecho de que Jesús nace y vive en el

contexto de un pueblo oprimido y subyugado.

La dominación romana en Palestina, y las diferencias acentuadas entre Galilea, la patria de Jesús, y Judea, colocaban al país ante una grave crisis política. Sólo una minoría, la aristocracia sacerdotal y laical de Jerusalén, colaboracionista con los romanos, obtenía grandes ventajas de aquella situación.

Enormes impuestos y tributos religiosos para el templo obligaban a muchos campesinos a vender su pequeña propiedad y convertirse en jornaleros o venderse como esclavos. «Sin exageración puede decirse que el subsistir cotidiano era un auténtico problema para la mayoría de la población, y la pobreza constituía un fenómeno generalizado de masas»^[4].

En un pueblo en que la religión ocupaba un puesto central, esa situación sirvió de caldo de cultivo para que irrumpieran con fuerza expectativas religiosas muy importantes en las capas populares, que dieron origen a diversos movimientos.

En tiempo de Jesús hay que distinguir dos tipos de movimientos populares bastante diferentes: los movimientos populares *mesiánicos*, y los movimientos populares *proféticos*.

— *Movimientos mesiánicos*: Estos movimientos eran más directamente políticos, y aun armados. Conectaban con la tradición de los grandes reyes de Israel, y sus líderes se declaraban reyes, o el mesías sucesor de David que había de traer el reino de Dios para la liberación del pueblo. En tiempo de Jesús, su principal preocupación era sacudirse el yugo imperial, y fueron aplastados en diversas ocasiones por las fuerzas romanas de ocupación.

— *Movimientos proféticos*: Eran movimientos más directamente religiosos. Surgían de las esperanzas de salvación que se fraguaban en sectores populares *marginados*. Esperaban un cambio radical e inminente de la situación por obra de Dios. Conectaban con la liberación del éxodo más que con la realeza de Israel. Su líder era más bien un profeta *carismático* que solía ser mal visto por las autoridades políticas y religiosas hasta tratar de eliminarlo para destruir el movimiento.

En el tiempo que nos ocupa había bastantes movimientos de este tipo, y más bien como uno de ellos, sobre todo como el de Juan Bautista, era considerado el movimiento de Jesús[5].

2. El movimiento de Jesús

En este contexto, y vinculado con expectativas muy arraigadas en los sectores marginados y empobrecidos de su pueblo, aparece el movimiento de Jesús. Ahora podemos comprender mejor la proclama con que comienza Jesús su vida pública, si la leemos como punto de partida de su movimiento.

— Cuando Jesús dice «reino de Dios» está aludiendo a algo que *no le retira en absoluto de su pueblo* (ni al desierto ni al Jordán). Al contrario, le remite de lleno a él como al lugar al que el reino de Dios se acerca.

«Reino de Dios presupone un pueblo de Dios». Aunque el reino no se identifica sin más con ningún pueblo, sí que comporta por su propia dinámica encarnarse en un pueblo concreto. Jesús se dirige directamente a su pueblo, al pueblo de Israel, y «reino de Dios» implica la reunión y restauración de Israel desde las exigencias del reino. Puede afirmarse incluso que «el *único* sentido de toda la actividad de Jesús es la reunión del escatológico pueblo de Dios»[6].

Es decir, a Jesús le preocupa ante todo la situación del pueblo: los sufrimientos y las opresiones reales de la gente, como el lugar en que aparecen con la mayor evidencia los obstáculos y los poderes que se oponen a la venida del reino de Dios, y la necesidad de un cambio radical de la situación para que el reino venga.

Por eso, la llamada a *la conversión* que hace Jesús no es jamás una conversión a Dios retirándose de los hombres, sino que, en ese mismo movimiento en que es conversión a Dios, es a la vez conversión a su reino, a la tarea esencial de desmontar la situación desde sus cimientos injustos para construir un pueblo nuevo.

— Porque el reino de Dios implica esto, Jesús inauguró un *movimiento marginal* dentro de su pueblo. No en el sentido de retirarse de la gente, al estilo de los

esenios por ejemplo, sino en el sentido opuesto de *identificarse con lo retirado*, con lo expulsado fuera o colocado en los márgenes del orden establecido. Jesús se identificó con «esa plebe maldita que no conoce la ley, (Jn 7,49), sobre la que los poderosos y bien situados, incluso los «justos» y «piadosos», cargaban pesos insoportables.

Es importante retener esto: Jesús se coloca fuera del sistema, del montaje religioso y social de su pueblo y, por el mero hecho, se pone al lado de las muchedumbres que aguantaban el peso de una religión alienada y del poder opresor del imperio. Esto comportaba para Jesús tomar partido desde el comienzo por una clase de gente, en contra de otras clases de gente, como la única forma posible de dirigirse verdaderamente a todos desde la perspectiva del reino.

En este sentido, su movimiento es un movimiento *popular*, y por esta razón su actividad transcurre desde el principio bajo el signo de la persecución y de la amenaza de muerte.

— En consecuencia, los *signos* en que se expresa esta peculiaridad del movimiento de Jesús son también muy peculiares.

A los discípulos de Juan, enviados para cerciorarse de la autenticidad de su mensaje y de su movimiento, se les remite a estas señales: «Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Nueva; y

dichoso aquel que no se escandalice de mí!» (Lc 7,22-23), en alusión clara a Isaías, se trata de lo que tiene que ocurrir en la restauración escatológica de Israel, del cambio radical de la situación del pueblo que comporta la venida del reino de Dios. Lo decisivo en este texto es señalar de parte de quiénes se ha puesto Jesús, desde qué lugar social avanza su movimiento.

Y el gran signo que hay que captar, a la vez que el gran escándalo que hay que superar, para dar con la clave del movimiento de Jesús, es el siguiente: que el reino de Dios es una *buena noticia para los pobres*. Esta es la señal de que estamos ante la bondad inmensa de Dios, ante su gran misericordia, y no ante el juicio severo o ante la cólera de Dios que predicaba Juan.

Algo muy semejante aparece en el discurso programático de Jesús en la sinagoga de Nazaret: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido; me ha enviado a anunciar a los pobres la buena nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y dar vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos, y proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-19).

Esta concreción de los destinatarios del movimiento de Jesús es tan importante, y tan determinante de su trayectoria y de su futuro, que sin ella Jesús se nos convertiría en otro personaje, y su movimiento diluiría totalmente su verdadero significado histórico.

3. La novedad del movimiento de Jesús

En lo dicho sobre el movimiento de Jesús aparecen notables semejanzas con los movimientos populares proféticos de que hablábamos antes. Pero con eso no hemos descrito todavía su originalidad, la calidad de su profetismo, el nivel de profundidad a que se mueve el movimiento de Jesús. Es necesario fijarse más detenidamente en esto.

a) *El Dios de Jesús*

No se pueden leer los evangelios sin advertir que todo arranca en Jesús de una experiencia singular de Dios. La novedad más honda de su movimiento consiste, precisamente, en que Jesús se atreva en aquellas circunstancias a llamar a Dios «Abba», que, según los escrituristas, hay que traducir por «papá», con todas las resonancias de amor, de ternura y de cercanía cordial que suscita esta palabra. Pero no conviene deshistorizar esta experiencia. La identificación profunda de Jesús con Dios acontece a una con la identificación cada vez mayor con su pueblo, con la experiencia cada vez más viva del sufrimiento acumulado en la inmensa mayoría de la gente a causa del sistema injusto imperante en aquella sociedad concreta.

De la convergencia de ambas experiencias brota esta proclama singular de Jesús: «Dichosos vosotros los pobres, porque *vuestro* es el reino de Dios», El Dios de Jesús, precisamente porque ama entrañablemente a sus hijos los hombres, es ante todo el Dios de las víctimas de la situación de los que lo están pasando mal por culpa de otros.

La irrupción de su reino es en directo una buena noticia para los pobres: la noticia de que su situación va a cambiar de raíz, no para convertirlos en ricos, sino para inaugurar una nueva forma de sociedad en que se haga posible la auténtica felicidad que el hombre busca, la felicidad compartida, la felicidad en la mesa común de los hermanos.

Lo que Jesús percibe, desde su singular experiencia de Dios, es que Dios está en *otro sitio* que donde tendemos a colocarle espontáneamente los hombres, incluso en el sitio menos esperado: en los excluidos del sistema, tanto religioso como social, de su pueblo; en los que, a los ojos de los dirigentes y poderosos del pueblo, aparecían como los dejados de la mano de Dios y de los hombres. Algo, por consiguiente, que sacudía los cimientos, no sólo religiosos, sino también sociales, políticos y culturales del orden establecido.

Ya desde la singularidad de esta experiencia de Dios, el movimiento de Jesús es, en el sentido más radical de la palabra, un movimiento *revolucionario*: es una revolución de Dios, que revoluciona lo primero las imágenes de Dios que nos forjamos los hombres, en nombre de las cuales se han cometido los mayores atropellos y opresiones de la historia humana.

En este sentido el movimiento de Jesús es mucho más revolucionario que los movimientos mesiánicos de su tiempo que pretendían hacer de Israel el pueblo de Dios por la fuerza de la insurrección y de las armas.

b) El grupo de discípulos

En este contexto hay que entender la iniciativa de Jesús de formar un grupo de discípulos.

Una iniciativa conectada directamente por los tres sinópticos con la primera proclamación por parte de Jesús de la inminencia del reino de Dios de que arranca su movimiento (Mt 4,17- 22; Mc 1,14-20; Lc 5,1-1.1). Lo que Jesús pretende es de tal envergadura que no puede realizarlo él solo: es cosa de un grupo que ha de irse ampliando hasta llegar a todo Israel.

Estamos aquí ante una iniciativa tan importante que sin este grupo Jesús no sería nada para nosotros, ni hubiera surgido jamás históricamente su Iglesia.

Es de sumo interés retener esto, y comprender su alcance eclesiológico. Gracias a este grupo, Jesús llega hasta nosotros: su mensaje y el contenido de su vida histórica. El grupo es parte integrante de la proclamación del reino en que se centra toda la actividad de Jesús: se rodea de un grupo para que fueran sus compañeros, y para enviarles a predicar el mensaje del reino de Dios» (Mc 13,14). En el grupo comienza a ponerse en práctica lo que quiere decir que el reino de Dios está viniendo, sus exigencias concretas.

«Este grupo histórico, como sujeto de unas determinadas experiencias respecto de Jesús, de una determinada forma de convivencia con él, y de una determinada misión para la que es convocado, constituye el lugar teológico en que se origina la Iglesia»[7].

En sus experiencias singulares después de la muerte de Jesús, como veremos, se originará en sentido estricto la Iglesia, y se hará patente para nosotros el designio salvífico de Dios tal como se ha revelado en Jesús.

Por eso en la misma formación del grupo de discípulos aparece ya la novedad del movimiento de Jesús.

La palabra «discípulo» sugiere espontáneamente la relación maestro-alumno propia del rabinismo. Pero en los discípulos de Jesús esto adquiere rasgos muy peculiares. Aquí no son los discípulos los que buscan al maestro. Es Jesús quien llama a su seguimiento.

Y seguir a Jesús implica, por lo pronto, estas dos cosas fundamentales: abandonar la forma de vida anterior, abandonar incluso la propia familia, e ir en pos de Jesús para meterse en una aventura en que los discípulos van a correr la misma suerte que el maestro. Porque aquí no se trata de asistir a las explicaciones de un maestro para aprender la Torá. Se trata de una llamada para una nueva convocación de Israel ante la inminente venida del reino de Dios[8].

Para esta tarea, todos los obreros son pocos. No hay que pensar el grupo de discípulos de Jesús como un número muy reducido de personas. Mucho menos circunscribirlo al círculo de los doce. Aunque sea imposible determinarlo con exactitud, son más bien numerosos los seguidores de Jesús en sentido estricto, y muchos los que le abandonan en momentos particularmente difíciles (Jn 6, 66).

c) Pretensiones de Jesús con su grupo: el programa de las bienaventuranzas

Si nos preguntamos ahora por la razón de ser del movimiento de Jesús, por lo que Jesús pretende con su grupo, nos metemos en un mundo muy complejo para cuyo estudio tendríamos que recorrer múltiples pasajes de los evangelios.

Hay, sin embargo, escrituristas que piensan que *las bienaventuranzas* de Jesús, tal como están recogidas sobre todo en Mt 5,3-10, arrojan su mejor sentido si se leen en esta clave: como programa de Jesús para su grupo. Para lo que aquí nos interesa, ciertamente en las bienaventuranzas pueden verse en síntesis los rasgos más característicos del movimiento de Jesús, lo que mejor le define en su identidad y frente a otros movimientos de su tiempo.

Lo más fundamental y decisivo estaría dicho de la manera más densa posible en la primera bienaventuranza: «Dichosos los que eligen ser pobres, porque éstos tienen a Dios por rey».

Dos cosas aparecen aquí que definen básicamente al grupo de Jesús:

– Para entrar en la dinámica del movimiento de Jesús hay que hacer una opción: *elegir ser pobre*. En el esfuerzo actual por traducir significativamente el tan abusado «pobres de espíritu» de Mateo, dos me parecen las traducciones más expresivas: «pobres con espíritu», y «elegir ser pobres».

Para ser del grupo de Jesús hay que ser pobre, o reducirse a pobre. Los llamados

«relatos de vocación» de los primeros discípulos lo confirman de una manera radical (Mt 4, 20 y 22; Mc 1 y 20; Lc 5,11 y 28), y el episodio del joven rico parece relatado expresamente para mostrar la imposibilidad de formar parte del grupo de Jesús sin reducirse a pobre (Mc 10,17ss).

Pero, en la dinámica del reino de Dios, esto se convierte en una *elección*: se opta por ser pobre para optar por los pobres, por la liberación de los pobres que va implicada en el reino de Dios que viene.

– Sólo en estas condiciones, el grupo puede *tener a Dios por rey*. Elegir ser pobre es lo primero, el primer paso que hay que dar para entrar en la totalidad de lo que promete Jesús. No dar el primer paso es quedar imposibilitado para todo lo demás.

Por eso, los «dichosos» para Jesús son, ante todo, los que «eligen ser pobres». Desde ahí queda abierta la puerta para la felicidad total que viene de «tener a Dios por rey», de entrar en ese ámbito del reinado de Dios que es como la «perla preciosa», o el «tesoro escondido», en que se encuentra un sentido oculto y definitivo de felicidad que proviene de Dios.

En este sentido, lo decisivo es tener a Dios por rey. Lo que Jesús pretende con su grupo sólo tiene sentido en la perspectiva del reino de Dios que se acerca. Para que Dios se acerque realmente, para abrir paso a esa acción poderosa de Dios que Jesús ve como inminente, es convocado el grupo de discípulos.

Como dijimos, este reinado de Dios implica la restauración y convocación de Israel como pueblo escatológico. Por tanto, el grupo sólo tiene sentido igualmente desde su referencia a la totalidad de Israel, nunca como un «resto santo» al estilo de los esenios de Qumrán.

Incluso «cuando Israel como totalidad no acepta el mensaje de Jesús, se encomienda una segunda función al círculo de los discípulos: recibe la tarea de representar *simbólicamente* lo que debería haber sucedido propiamente en la totalidad de Israel: entrega completa al evangelio del reino de Dios, conversión radical a un nuevo orden de vida, reunión en una comunidad de hermanos y hermanas»[9].

En esas dos cosas fundamentales aparece con gran fuerza la novedad del grupo de Jesús, la originalidad y profundidad de lo que Jesús pretende con su movimiento.

Para ser de este grupo hay que echar fuera los móviles más radicales desde los que nos movemos los hombres en el mundo, las *tres grandes ambiciones* que son los enemigos frontales del Dios de Jesús:

– *La ambición del dinero*, que para Jesús es un ídolo, un dios falso, el dios Mammón: «no podéis servir a Dios y al dinero». Se trata de dos «señores», y amar a uno implica aborrecer al otro (Mt 6,24; Lc 16,13). Tener a Dios por rey excluye radicalmente el señorío del dinero, que es en el fondo el creador de los pobres y el destructor principal de la fraternidad entre los hombres.

– *La ambición del prestigio*, de ponerse por encima de otros, de convertirse en personaje importante para manipular o decidir de la suerte de los demás.

Contra todo esto, Jesús dice a su grupo: «Vosotros no os dejéis llamar *rabbí*, porque uno solo es vuestro Maestro, y vosotros sois todos hermanos» (Mt 23,8). Jesús «se separa así claramente de la jerarquía de cargos y honores que existía en la sinagoga»[10] de modo que, «en oposición al rabinismo, Jesús tenía un enfoque totalmente antijerárquico»[11], y quería que este enfoque fuera una ley fundamental de su grupo.

En este y otros textos (cf. Mc 12,38ss) aparece «el horror de Jesús ante las diferencias entre los hombres»[12] que enaltecen a unos humillando y marginando a otros, algo contra lo que en el grupo de Jesús hay que luchar radicalmente para sacar a flote la igualdad fundamental de todos los hombres como hijos de Dios.

– *La ambición de poder*, que es sin duda la que más estragos causa y más contribuye a la construcción de un mundo insoportable.

Jesús conocía muy bien el poder imperial romano y el poder religioso dentro de su pueblo. Cuando surge algún brote de esto entre sus discípulos, les dice tajantemente: «Sabéis que los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen el poder se hacen llamar bienhechores. Pero vosotros nada de eso; al contrario, el mayor entre vosotros sea como el menor, y el que manda como el que sirve» (Lc 22,25-27).

Jesús es el primero que está en el grupo «como el que sirve», y así debe ser para cualquiera que de algún modo tenga que mandar dentro del grupo. El «vosotros nada de eso», «vosotros al contrario», en este tema del poder, es otra ley fundamental del grupo, que contradice de raíz la ambición humana que posiblemente más ha torcido el curso de la historia, y en que más a fondo se juega la identidad del movimiento de Jesús.

Ahora podemos entender mejor la primera bienaventuranza como elemento básico del programa de Jesús para su grupo. En síntesis, su contenido es el siguiente: para formar parte del grupo de Jesús hay que «elegir ser pobre», hay que echar fuera esas tres grandes ambiciones, tan profundamente arraigadas en el corazón del hombre. Esta es la condición *sine qua non* para «tener a Dios por rey», para entrar en la dinámica del reino de Dios, que irrumpe con gran fuerza para transformar a su pueblo.

Tocamos aquí el núcleo de las pretensiones de Jesús con su grupo: desde la situación concreta de su pueblo, lo decisivo es la conciencia de Dios que Jesús tenía, y que había de ser conciencia de su grupo.

Jesús sabía muy bien cuán deteriorada y falsificada estaba la imagen de Dios en su mundo, y más directamente en los dirigentes religiosos de su pueblo. En tales circunstancias, no basta con mentar a Dios, ni con actuar en su nombre, para estar real y verdaderamente de parte de Dios. En la primera bienaventuranza aparece con toda claridad lo que ya

dijimos: que Dios está *en otra parte* que donde solemos colocarle los hombres para manipularle en favor nuestro. Más aún: que Dios está *en la parte contraria* a aquélla en que le habían colocado los poderosos de su tiempo, tanto los dirigentes religiosos judíos como el poder imperial romano.

Y esa parte contraria es *el espacio de los pobres*, de los sometidos y marginados. Elegir ser pobre es, para Jesús, antes que cualquier otra cosa, colocarse en la parte en que Dios está, y desde donde va a construir su reino. La primera bienaventuranza de Lucas, posiblemente más cercana a lo proclamado por Jesús, lo dice más directamente: «Dichosos vosotros los pobres, porque tenéis a Dios por rey» (Lc 6,20).

No es fácil captar la carga subversiva de este mensaje de Jesús: los que hasta entonces no habían contado para nada en la construcción de aquella sociedad, porque en realidad, tal como estaban montadas las cosas, no servían para nada, son los que cuentan para Dios a la hora de construir su reino.

En este sentido concreto, el reino de Dios es una buena noticia, un evangelio, y, en cuanto tal, «pertenece *únicamente a los pobres*»^[13]. Para los ricos por el contrario, es una mala noticia, como aparece en las malaventuras de Lucas (Lc 6,24), porque «es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de Dios» (Mc 10,25).

Es muy importante notar aquí que, «en la práctica, es esta oferta de salvación que

Jesús hace a los pobres la que resulta *sumamente escandalosa*».[14] En el texto de Mt 11, 5-6, sobre las señales del reino que se acerca, a nadie va a escandalizar que los ciegos vean, los cojos anden, los leprosos queden limpios, los sordos oigan o los muertos resuciten. Lo que resulta verdaderamente escandaloso es esto: «a los pobres se les anuncia la buena noticia», y Jesús llama dichosos a los que logren sobreponerse a ese escándalo.

A esto lo llama Jeremías «el rasgo esencial» del reino. Por tanto, un rasgo esencial del Dios de Jesús, y la razón fundamental de que lo «sumamente escandaloso» sea la conciencia que Jesús tenía de Dios. El grupo de Jesús, que tiene a Dios por rey al haber elegido ser pobre, pasa a ser él mismo, en la praxis del reino, la buena noticia de Dios para los pobres.

Algunas bienaventuranzas de Mateo, dentro de este programa de Jesús para su grupo, pueden considerarse como concreciones de la opción básica contenida en la primera:

– «Dichosos los que sufren, porque éstos van a recibir el consuelo»: el grupo de Jesús debe sentirse feliz a la hora de sufrir las consecuencias de haber elegido ser pobre, de haberse puesto del lado de los pobres, y de haberse metido en una lucha peligrosa por la liberación de los pobres.

Es decir, la mayor dicha del grupo consiste en haberse embarcado en una aventura humanamente imposible, que si se emprende es sólo porque para Dios todo es posible. A lo de «pasar por el ojo de la

aguja», los discípulos «comentaron, completamente desorientados: entonces ¿quién puede subsistir? Jesús se les quedó mirando y dijo: humanamente imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios» (Mc 10,26-27).

– «Dichosos los que prestan ayuda, porque éstos van a recibir ayuda»: ayudarse mutuamente va a ser otra ley básica del grupo. La ley del compartir, contra la ley del poseer, va a ser, para los que han elegido ser pobres, la forma concreta de subsistencia del grupo, la forma concreta como Dios va a hacer posible lo humanamente imposible.

– «Dichosos los limpios de corazón, porque éstos van a ver a Dios»: haber echado fuera las tres grandes ambiciones que enturbian el corazón del hombre es haberse puesto en condiciones de abrir paso en el grupo a esa comunicación transparente, a esas relaciones interpersonales profundas, en que Dios se va a hacer ver en medio de la comunidad de los hermanos.

Pero hay otro bloque de bienaventuranzas en que se expresa otro rasgo decisivo para entender bien las pretensiones de Jesús con su grupo: *el envío* del grupo para la puesta en marcha del reino de Dios en aquella situación del pueblo.

Básicamente este envío estaría sintetizado en esta bienaventuranza: «Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque éstos van a ser saciados».

Como ya hemos visto, el movimiento de Jesús sólo tiene sentido desde el horizonte del reino de Dios que se acerca,

y para reunir desde sus exigencias a todo el pueblo de Israel. Por tanto, se trata de un grupo que no tiene en absoluto su justificación en sí mismo ni para sí mismo. Toda su justificación le viene de la importancia trascendental de ese envío.

«Elegir ser pobre» no se justifica por sí mismo, porque sea bueno ser pobre o porque la pobreza sea una virtud, sino como condición necesaria para cumplir la misión para la que ha sido convocado el grupo: *la liberación de los pobres*, como camino concreto para la liberación total de Israel.

Donde tienen puestos los ojos Jesús y su grupo no es en el grupo mismo, sino *en la situación de su pueblo*, y como cambio radical e improrrogable de esa situación hay que entender el reino de Dios que irrumpe, y la tarea fundamental del grupo. Un grupo que se va a comprometer en una *lucha por la justicia*, que es como otro nombre del Dios del Antiguo Testamento y del Dios de Jesús.

Por eso, el reino de Dios que viene es un reino de justicia, de paz, de igualdad y de fraternidad entre los hombres. Y por eso, luchar por la justicia, en la situación real de su pueblo, implica para el grupo de Jesús una *conflictividad inevitable*, que obliga a tomar partido por unos y no por otros, y que está expresada en los evangelios en multitud de contraposiciones: sanos-enfermos, justos-peccadores (Mt 9,10-13), sabios-pequeños (Mt 11,25), hijo fiel-hijo pródigo (Lc 15,11ss), oveja perdida-ovejas restantes (Lc 15,1ss), fariseos, sumos sacerdotes-publicanos o prostitutas (Mt 21,23-31; Lc

18,9-14), etc. Sólo una parte de esos binomios señala los destinatarios directos del grupo de Jesús.

Otras bienaventuranzas pueden considerarse como *concreciones* de este envío fundamental del grupo:

— «Dichosos los no violentos, porque éstos van a heredar la tierra»: el grupo de Jesús, que ha elegido ser pobre, está inmerso por el mero hecho en el mundo de los sometidos, de los despojados hasta de los medios más elementales de subsistencia. En fuerza del reino de Dios que viene, está inmerso a la vez en una lucha en que los sometidos y despojados van a heredar la tierra, es decir, van a salir de su condición de esclavitud y despojo para conquistar la libertad e independencia.

Pues bien, en esta lucha tan difícil y conflictiva el grupo de Jesús no será jamás un grupo violento. Jesús no quiere que sus discípulos sean un grupo de *zelotas*. No es la violencia ni las armas las que van a traer el reino de Dios para los pobres. El arma del grupo debe ser otra muy distinta: el amor incondicional al hombre, el amor de quienes se han despojado previamente de toda ambición y de todo espíritu de revancha, que implica el amor a los enemigos, el presentar la otra mejilla, y que obliga normalmente a no responder al mal con las mismas armas (Mt 5,38- 48).

— «Dichosos los que trabajan por la paz, porque a éstos les va a llamar Dios hijos suyos»: la lucha por la justicia, que define el envío fundamental del grupo, es para conseguir una profunda *concordia* entre los hombres. En un mundo tan fundado en

la *discordia*, la paz es otra cosa humanamente imposible. Sólo es posible como algo *nacido de Dios*, no de nuestro propio corazón egoísta. Por eso, a los que trabajan por la paz Dios les va a llamar hijos suyos.

«Tener a Dios por rey» implica para el grupo el reconocimiento de que Dios es el protagonista en la realización del reino, y de que lo que hace el grupo sólo está a la altura de su misión cuando es actividad nacida de Dios y recibida de él gratuitamente.

Con esto quedan fijadas las líneas maestras del programa de Jesús para su grupo, en que quedan patentes de forma radical las pretensiones fundamentales de su movimiento.

Pero hay algo todavía que hace como de *cláusula final* de ese programa: «Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad, porque éstos tienen a Dios por rey».

El grupo de Jesús tiene que ser consciente desde el principio de que ha nacido de una opción desconcertante, y para una misión muy peligrosa. La fidelidad a este programa supone moverse desde principios tan contrarios a los que son normales en el mundo, que lo normal para el grupo va a ser esto otro: *la persecución*.

Oponerse tan radicalmente al orden de este mundo, ponerse del lado de los oprimidos y marginados en una sociedad que no tolera que dejen de serlo, y ponerse a luchar frontalmente contra las causas de esa situación es algo que no se puede hacer impunemente, y el grupo debe saber lo que le espera.

Pero *dichosos entonces*, porque ésa será la prueba de que se tiene a Dios por rey, sin ceder ante los ídolos. Lo malo para el grupo de Jesús es no ser perseguido, porque eso querrá decir, de una u otra forma, que se ha pactado con los ídolos de este mundo, que no se ha roto con el sistema injusto que se opone al Dios de Jesús.

Y tener a Dios por rey significa haber encontrado dónde está la verdadera felicidad del hombre, por debajo de tantas felicidades aparentes, Sobre todo, por debajo de esa apariencia de felicidad que se fabrica a costa del sufrimiento de los demás, o que es felicidad de una minoría que se vuelve insensible e indiferente a la suerte de las mayorías marginadas y explotadas.

d) Exclusión de los «padres» en una familia de hermanos

Por aquí van los rasgos más característicos que definen el movimiento de Jesús como movimiento profético muy peculiar junto a otros movimientos similares de su tiempo.

Desde la perspectiva del reino de Dios, se trata de convocar y reunir de nuevo al pueblo de Israel partiendo de una escala de valores y de unas formas de comportamiento profundamente contrarios a los que eran normales en su mundo. Como se ha dicho acertadamente, Jesús «no pretende reformar la sociedad de su tiempo... Su proyecto no es reformista, sino que propone un cambio radical que cambie los fundamentos de la sociedad, un nuevo modelo de sociedad» [15].

En orden a esto, Jesús convoca su grupo de discípulos, en que empieza a ponerse en práctica el estilo de vida y la nueva sociedad exigidos por el reino.

En este sentido, me parece de importancia excepcional esta observación de los exégetas: *no deberá haber «padres» en la nueva familia de hermanos inaugurada por Jesús.*

Es lo que aparece con toda claridad en este texto de Mc 10,28-31, «Pedro se puso a decir a Jesús: Pues mira, nosotros ya lo hemos dejado todo y te hemos seguido. Jesús declaró: Os lo aseguro: no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos o hermanas o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por la buena noticia, que no reciba en este tiempo cien veces más –casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones– y en la edad futura vida eterna. Pero todos, aunque sean primeros, serán últimos, y esos últimos serán primeros».

En la segunda parte del texto, a los únicos a quienes no se menciona es a *los padres*. Este texto está inmediatamente conectado con la situación humanamente insostenible en que se encuentran los discípulos de Jesús por haber elegido ser pobres. Elegir ser pobres ha significado para ellos «dejarlo todo». Pues bien, en la nueva familia de Jesús van a recibir centuplicado en otra clave todo lo que han dejado. Todo, *menos los padres*.

La pieza clave de la familia patriarcal judía desaparece en la nueva familia de Jesús. Por eso, les dice Jesús a sus discípulos:

«Vosotros, en cambio, no llamaréis a nadie 'padre' vuestro en la tierra, porque vuestro Padre es uno solo, el del cielo... El más grande de vosotros será servidor vuestro. A quien se encumbra, lo abajarán, y a quien se abaja., lo encumbrarán» (Mt 23,9-12).

De este modo llamar «padre» a nadie sobre la tierra es, descartado no sólo como título honorífico, sino también como aquel que en la familia ejerce *el poder y el dominio*. Esto vale sobre todo para los dirigentes de la comunidad. Contra lo que era corriente incluso entre los rabinos, a quienes sus discípulos debían servir, en el grupo de Jesús se introduce la dinámica contraria: «el más grande de vosotros será servidor vuestro».

Dirigir el grupo de Jesús va a ser lo contrario de ejercer poder y dominio; va a ser una *diakonía*, un servicio. No el servicio de grandes señores que sirven, sino de quien se reduce a la condición de siervo, desde el último puesto. Porque «vamos a ver, ¿quién es más grande: el que está a la mesa o el que sirve? El que está a la mesa, ¿verdad? Pues yo estoy entre vosotros como quien sirve» (Lc 22,27).

Lo que se juega en el grupo de Jesús: la venida del reino de Dios a través de una familia de hermanos exige poner del revés muchos comportamientos habituales en la sociedad, pero exige sobre todo poner del revés el funcionamiento de la autoridad. Otro rasgo característico del movimiento de Jesús que pone de manifiesto su profunda originalidad y lo que Jesús pretendía con él.

4. En conclusión

— El grupo de discípulos, moviéndose desde este programa sintetizado en las bienaventuranzas, es *la gran profecía* de Jesús lanzada sobre el mundo: la gran profecía de que se puede *vivir* radicalmente de otra manera; de que se puede organizar *la convivencia humana* desde presupuestos radicalmente distintos; de que todo esto lo exige y lo desencadena el reino de Dios que irrumpe desde los pobres para crear *una sociedad nueva*, donde Dios sea el Padre de todos en el ámbito de una humanidad convertida en una familia de hermanos. Una profecía cargada de fuertes elementos utópicos.

En este sentido, lo que late en las bienaventuranzas, y en todo el sermón del monte, no son principios espirituales para vivirlos individualmente dentro de un grupo que estaría estructurado como tal desde otros presupuestos, sino que son *principios constitutivos del grupo*. De esos principios, vividos y practicados por el grupo mismo, depende su identidad y el cumplimiento de su misión en el mundo.

— Partiendo de este programa., o de estas pretensiones de Jesús con su grupo, aparece con claridad cómo lo más importante es *el grupo como tal*, no el hecho de que a algunos se les encomiende una función especial dentro del grupo.

El grupo mismo, en cuanto que vive y actúa desde ese programa, es el que va a ser la «sal de la tierra», la «luz del

mundo», y la «ciudad sobre el monte», como se dice inmediatamente después de las bienaventuranzas de Mateo (Mt 5,13-16).

El grupo mismo, en cuanto moviéndose desde esas actitudes y comportamientos fundamentales, va a ser un grupo *edificado sobre roca* (Mt 7,24-25), contra el que no podrá ningún poder de este mundo. Es curioso que en la eclesiología tradicional se haya dado tanta importancia al texto de *Pedro-roca* (Mt 16,18), y se haya dejado totalmente en el olvido este texto previo del *grupo-roca*. Desde este grupo-roca hay que entender a Pedro-roca, y no al revés. Por donde se ve claramente lo que ya dijimos al principio: la importancia eclesiológica decisiva de nuestro tema según se parta de la *fundación* de la Iglesia, o de las *experiencias fundantes* en que se origina la Iglesia.

— Es evidente que el movimiento de Jesús, con características tan singulares, con exigencias tan radicales de transformación de la sociedad existente, está ya anunciando algo prácticamente inasimilable en el contexto concreto del pueblo de Jesús.

Como se ha dicho acertadamente, lo que Jesús está inaugurando es una «sociedad de contraste» que pone en cuestión los cimientos mismos del sistema religioso y social de Israel. Porque, aunque es verdad que «Jesús nunca llamó a un cambio político-revolucionario de la sociedad judía, la conversión que exige como consecuencia de su mensaje del reino de Dios quiere poner en marcha en el pueblo

de Dios *un movimiento* frente al que las revoluciones de cualquier otro tipo son puras bagatelas»[16].

Ya hablamos antes del sentido en que el movimiento de Jesús es radicalmente un movimiento revolucionario. Este carácter aparece igualmente en los rasgos más característicos del proyecto de Jesús que hemos ido analizando después.

Por eso, la praxis del reino desde la que se mueve Jesús con su grupo provoca muy pronto un duro enfrentamiento de las autoridades de Israel con el movimiento de Jesús: un enfrentamiento que lleva poco a poco a Jesús a la convicción de que su proyecto va a ser rechazado.

Esto nos obliga a ver *un proceso* en la vida histórica de Jesús que afecta al sentido mismo de su movimiento. Hay una etapa en que Jesús lucha con la confianza de que su mensaje es aceptado y puede provocar la conversión de Israel en la perspectiva del reino de Dios (Lc 10,21). Su grupo de discípulos, y su concentración en los doce, es entonces el enviado a proclamar la alegre noticia del reino como el momento de la salvación y liberación del pueblo. Algo que acontece y tiene sentido propiamente al interior de Israel.

Hay otra etapa en que Jesús es consciente del rechazo de su mensaje por parte de Israel, y como dirigido a la totalidad de Israel. Amenazas como las de Mt 11,21-24, o las de 12,41-42 no pudo pronunciarlas Jesús al comienzo de su vida pública. Su grupo de discípulos, y los doce en concreto, «a partir de ese

momento, no serán sólo testigos de la salvación cercana, sino también testigos del juicio que amenaza al Israel que se endurece»[17]. Porque el reino de Dios seguirá adelante a pesar de Israel y en contra de Israel.

—Y algo más importante aún para nuestro tema: el movimiento de Jesús, aun con sus diversas etapas, *no es todavía la Iglesia de Jesús*. Tienen que acontecer nuevas experiencias insospechadas para que la Iglesia nazca.

Pero esto no significa en forma alguna que sea algo así como una etapa superada al originarse la Iglesia. El origen de la Iglesia es un proceso. Y en este proceso juega un papel determinante el movimiento de Jesús antes de pascua.

Justamente en su calidad de movimiento de contraste, que anuncia un cambio radical como obra inminente de Dios, que rompe con los marcos de comprensión judíos desde la novedad de su programa en convicciones y comportamientos, que pone en tela de juicio las mismas instituciones de Israel, sobre todo la ley y el templo, el movimiento de Jesús está poniendo ya los cimientos insustituibles de lo que será su Iglesia, y hay que entenderlo como elemento integrante de la misma en el proceso de su origen.

Olvidar esto implicaría deshistorizar el origen de la Iglesia, y por lo mismo falsearlo. Evidentemente que, sin las experiencias pascales, la Iglesia no hubiera nacido nunca. Pero en ese acontecimiento van siempre imbricados estos dos momentos esenciales: las

nuevas experiencias que nacen de la pascua, y los recuerdos de lo convivido

con Jesús en su vida histórica, sin lo cual se falsean necesariamente esas experiencias. ♦

NOTAS

- 4) Rafael Aguirre, *Del movimiento de Jesús a la iglesia cristiana*. Desclée de Brouwer, Bilbao 1987, 26.
- 5) Id., o. c. 28ss.
- 6) G. Lohfink, o. c., 36.
- 7) R. Velasco, *Iglesia*, en *Conceptos fundamentales de pastoral*. Cristiandad, Madrid 1983, 146.
- 8) Véase para esto, Martin Hengel *Seguimiento y carisma*, Sal Terrae, Santander 1981.
- 9) G. Lohfink, o. c., 44.
- 10) Günther Bornkamm, *Jesús de Nazaret*, Sígueme, Salamanca 1975, 152.
- 11) Martin Hengel o. c., 78.
- 12) J. I. González Faus, *La humanidad nueva*. Sal Terrae, Santander 1974, 96.
- 13) J. Jeremías, *Teología del Nuevo Testamento*. Sígueme, Salamanca 1974, I, 149.
- 14) Id., o. c., 133.
- 15) Juan Mateos, *La utopía de Jesús*, en *Utopía y profetismo*, VIII Congreso de Teología. Evangelio y Liberación. Madrid 1989, 42.
- 16) G. Lohfink, o. c., 135. 17) Id., o. c. 32.



